

Roto el fuego la porción del Ejército aliado que mandaba Buendía se inclinó a la derecha haciendo un movimiento diagonal sobre la Pampa del Tamarugal, y Suárez con la división del centro, la tropa boliviana y la reserva se cargó a la izquierda con fuerte inclinación a la quebrada que tomaba la espalda del Pozo, encontrándose de frente con la división de Urriola y con las baterías de Wood y Villarreal.

Las tropas de Buendía desplegaron cuatro compañías guerrilleras por el camino que conducía a la batería de Salvo, y los cuerpos a que pertenecían marcharon a retaguardia a apoyar su ascensión. Esas compañías guerrilleras, que desempeñan el principal papel en la acción, fueron las de los batallones peruanos Ayacucho y Puno y de los bolivianos Ilimani y Olañeta. Mandaba a los asaltantes el General Villegas. Llegó también al pie del cerro, donde la artillería de Salvo tenía un ángulo muerto, el batallón Lima N<sup>o</sup> 8 que regía el entonces teniente coronel, después General y Presidente del Perú don Remigio Morales Bermúdez.

Ese ángulo muerto que desempeña tanto papel en la acción quedaba bajo el tiro de los cañones del valeroso Salvo. Por ahí se precipitó la infantería nombrada.

Toda línea de artillería que no sea rasante tiene un ángulo muerto. Los fuegos alcanzan a cierto punto pasado el cual se entra en una zona inmune.

Esto fué lo que ocurrió a la artillería de Salvo. El inconveniente se habría salvado si se hubiera estudiado previamente la posición, distribuyendo la infantería de modo de cubrir con sus fuegos ese espacio, pero no se hizo porque como ya se sabe la batalla fué una sorpresa. El campamento se adoptó a última hora, y la artillería apenas tuvo tiempo de encimar sus cañones a los lugares en que fué colocada.

El grueso de las tropas aliadas quiso secundar a su avanzada, pero para hacerlo necesitaba ahora atravesar bajo los fuegos esa línea que los asaltantes habían pasado sin resistencia durante la especie de armisticio que precedió a la batalla. Cada vez que los enemigos acometían para pasar esa línea, la artillería los desorganizaba, y aunque la tropa se repartía en los calichales para no presentar blanco no podía avanzar, y después de cada nueva tentativa retrocedía rechazada por una granizada de balas.

*Asalto a la posición de Salvo* El incidente decisivo de la batalla en el lado que mandaba Buendía fué el asalto de las compañías guerrilleras ya mencionadas, a la posición de Salvo. Esas compañías llegaron

hasta las piezas que no tenían sino 63 defensores de jefe a soldado. La infantería estaba lejos. El Atacama que era el batallón más próximo, no vió probablemente el ataque en el primer momento, y Salvo pasó un largo rato solo con los sirvientes de los cañones, resistiendo la embestida de un número triple o cuádruple de enemigos. No siéndole posible disparar porque los contrarios se cuidaban de no enfrentar sus piezas, los artilleros echaron mano de sus carabinas, y los oficiales de sus revólveres, y colocándose delante de ellas sostuvieron durante un tiempo relativamente largo un duelo casi de hombre a hombre a una distancia no mayor de 20 a 30 metros. Mientras el valeroso Jefe chileno hacía esta enérgica defensa enviaba emisarios al Atacama a pedir refuerzos. A la primera noticia de la situación en que se encontraba corrieron en su ayuda saltando sobre las breñas del cerro, con la agilidad propia solamente de mineros que tales eran todos los que componían ese famoso cuerpo, don compañías guiadas por sus capitanes don Félix G. Vilches y don Ramón R. Vallejos y el Ayudante del batallón don Cruz Daniel Ramírez.

Retrocedieron las tropas enemigas a un punto que les permitía reorganizarse, y volvieron al ataque auxiliadas ahora por una compañía boliviana del Dalence dirigida por el Jefe del cuerpo Coronel Lavadenz, pero ya el Atacama y algunos soldados del Coquimbo rodeaban el diezmado pelotón de Salvo, y la porfiada embestida fué rechazada por segunda vez.

Rehechos de nuevo en las faldas protegidas por los accidentes del cerro y engrosados con los soldados de sus cuerpos que pudieron venir en su ayuda, repitieron por tercera vez los soldados de la Alianza el audaz y porfiado asalto, pero entonces el Atacama con su Jefe a la cabeza y algunos soldados sueltos del Coquimbo cargaron a la bayoneta, y asaltantes y asaltados bajaron revueltos hasta el plan, y los fugitivos huyeron sembrando el pánico en la división de la derecha. Los oficiales que acompañaron al Comandante del Atacama don Juan Martínez en esta gloriosa embestida fueron el ayudante don Juan A. Fontanes, el capitán don Moisés A. Arce y los subtenientes don Alejandro Arancibia, don Anastasio Abinagoitis y don Rafael Torreblanca, cuyo nombre ilustre aparece siempre en los momentos de mayor heroísmo.

*Bajas en uno y otro campo*

En el porfiado duelo de esa sección del cerro cayeron gloriosamente el comandante peruano don Ladislao Espinar, cuyo cadáver se encontró muy cerca de las piezas, junto al de un corneta boliviano del Dalence que expiró casi tocando los cañones chilenos con las manos. El General Villegas fué herido de gravedad en el asalto, lo mismo el comandante peruano don Rafael Ramírez de Arellano.

De los cincuenta y cuatro hombres de que se formaba el pelotón de Salvo treinta pagaron a su gloria el tributo de su sangre. El ayudante de este jefe, el teniente de artillería don Diego A. Argomedo fué muerto, y heridos el capitán don Pablo Urizar, los alféreces don Juan García Valdivieso y don Guillermo Nieto.

El Atacama émulo de los artilleros en esa gloriosa defensa, perdió tres oficiales muertos, el Capitán Vallejo, los subtenientes don José Vicente Blanco y don Andrés Wilson, jóvenes todos, hijos de la provincia heroica que iba escribiendo con la espada de sus soldados las páginas más gloriosas de la campaña, y fueron heridos el ayudante Ramírez que perdió allí un brazo y el subteniente don Anastasio Abinagoitis. La tropa tuvo 82 bajas entre muertos y heridos.

Mientras se desarrollaban estos sucesos en la división del centro que mandaba Amunátegui, el combate se había generalizado en el resto de la línea. El General Villamil, jefe de la extrema izquierda de Suárez, desplegó sus batallones en la pampa del poniente del cerro de San Francisco para penetrar en la quebrada que conducía al pozo de Dolores, pero los cañones de Wood y de Villarreal lo detuvieron y desorganizaron a una distancia de tres mil metros. Por dos veces pretendió rehacerse, pero las certeras punterías de nuestros artilleros lo obligaron a detenerse primero a arremolinarse después, y en seguida a entregarse a la fuga.

La división de Suárez permanecía en el frente sur del cerro, batiéndose en fuego graneado con las tropas de la división Amunátegui sin hacerles gran daño. Por la situación que ocupaban tomaron poca parte en la batalla.

No sucedió así en el ala derecha de los aliados, que mandaba Buendía.

*Buendía ataca el Pozo por la pampa del Tamarugal*

De allí partió la columna que asaltó la artillería de Salvo. Mientras aquella se batía en el cerro la división de Buendía hizo varias tentativas por aproximarse al pozo de Dolores, desplegándose en la pampa calichera contigua al ferrocarril, pero fué rechazada y desorganizada por los cañones de Montoya, de Frías y Carvallo. En ciertos momentos se aproximó hasta ponerse al alcance de rifles y entonces una compañía del 3º de línea mandada por el capitán don Tristán Chacón desplegó adelante de la posición de Frías y avanzando resueltamente empujó la vanguardia contraria y la obligó a batirse en retirada. Cada vez que se renovó la tentativa sucedió lo mismo. Apenas penetraban las masas enemigas en el sector de tiro de nuestra artillería, recibían una lluvia de proyectiles que las desorganizaban.

El rechazo de la columna asaltante de Salvo que después de la tercera embestida fué perseguida hasta su línea por el Atacama con su glorioso jefe a la cabeza, y más que todo el pánico y la fuga de la división boliviana de Villamil después de sus infructuosas tentativas de entrar en la zona del poniente,

abatieron completamente la moral del ejército después de dos horas de combate. La caballería dió el mal ejemplo fugando a toda carrera por la abierta llanura sin hacer caso de los llamados que se le dirigían para que protegiese la retirada de sus compañeros. Los principales jefes se alejaron del campo con diversos pretextos antes que la batalla terminase.

*La división de Suárez enfrenta el costado sur del cerro*

La división peruana de Suárez que había tomado muy poca parte en el combate era la única que estaba intacta y pudo servir de centro de reorganización a una parte de los dispersos. Si esto era posible para esa división era porque no se había batido o porque se había batido muy poco. En cambio la de Buendía y la boliviana de Villamil dispersadas a cañonazos después de una serie de inútiles tentativas por pasar la línea de fuego, se dispersaron entregándose a la fuga, y sólo muy pocos se reunieron con las columnas de Suárez o de Cáceres que permanecía al frente de su reserva.

El soldado que no combate, puede retirarse; el que lucha y es vencido, fuga. Esta es la diferencia de lo ocurrido a las columnas de Buendía y Villamil de un lado, y a las de Suárez y Cáceres del otro.

Estos jefes juntaron una masa de ejército que no bajaba de cuatro a cinco mil hombres y se retiraron al fondo de la línea de batalla, ocupando las casas de Porvenir, fuera del alcance de nuestra artillería, y colocaron de avanzada sus doce piezas que aun conservaban intactas.

*Llegada de Escala al campo de batalla*

El Ejército chileno había cambiado de jefe. A las 5 de la tarde, cuando la derrota estaba pronunciada, llegó al pozo de Dolores el General Escala con el batallón Bulnes, y algunos ayudantes. El Coronel Sotomayor le hizo entrega del mando. El resto de sus tropas le seguía a cierta distancia.

Esa división ingresó dos o tres horas después que el General.

Hasta ese momento el grueso de la infantería chilena permanecía en sus posiciones de la mañana. Engañado Sotomayor en cuanto a la importancia del ataque ya librado, y persuadido de que no era sino un reconocimiento para empuñar la verdadera batalla el día siguiente, no había hecho bajar al plan los cuerpos de infantería, y las columnas enemigas se habían podido retirar sin ser perseguidas después de sus frustrados ataques. En la tarde quiso reparar su error enviando una división hacia Porvenir compuesta del 3º, el Buin, el 4º, el Valparaíso, Navales y Bulnes. Trabóse entre esta tropa y el enemigo atrincherado en Porvenir un combate de fusilería que duró pocos momentos, porque persuadido Escala, lo mismo que lo estaba Sotomayor, que la batalla se daría el día siguiente y que el combate librado no era sino preliminar, ordenó que retrocediera.

Esa noche la línea se formó alrededor del cerro, distribuyéndose los cuerpos en la altura y en el plan, y cuando los soldados acurrucados alrededor de la lumbre de sus improvisados vivaques se entregaban a los alegres comentarios de sus proezas, llegó a las 8 P. M., la división del Hospicio ansiosa de compartir las glorias del siguiente día.

*Dispersión del ejército de la alianza*

No se pensaba en tal cosa en el Cuartel General enemigo. El combate había producido en sus tropas una terrible dispersión. Los batallones bolivianos completamente desorga-

nizados huían al interior, y la caballería hacia el Norte a media rienda, presa de incontenible pánico. Los soldados peruanos de la división de Buendía, fatigados y sedientos, cruzaban la pampa buscando unos el camino de Arica otros el de Tarapacá o de Pozo Almonte.

La división de Suárez tenía que ponerse en salvo antes que la luz del nuevo día descubriese su verdadera situación al enemigo, orgulloso y fortalecido con el refuerzo de 3.500 hombres. Suárez salió a media noche sin ser visto ni sentido camino de Tiliviche, aprovechando una espesa neblina, pero como siempre sucede en el desierto el guía extravió el camino y la división vencida y errante, en vez de marchar al noreste que era su rumbo, empezó a girar sobre el mismo punto y seis veces durante la noche pasó por la línea férrea vecina a nuestro campo, hasta que al amanecer del 20 pudo tomar el camino de Tarapacá, dejando abandonada toda su artillería; doce cañones, que cayeron en poder del vencedor.

Entretanto éste persuadido de que la batalla no se había librado no había perseguido al enemigo, aprovechando las horas hábiles de la tarde ni cuidado de observarlo en la noche, ni en la madrugada del 20.

*Noviembre 20. Se sabe que el enemigo se ha marchado a Tarapacá*

Grande fué la sorpresa de todos cuando en la mañana de este día una descubierta que llegó hasta Porvenir comunicó que estaba convertido en hospital de sangre, y que el enemigo había desaparecido durante la noche con rumbo a Tarapacá. Poco después cuando se rasgó el pardo y húmedo manto que cubre las mañanas del desierto, los vencedores de Dolores vieron desde sus altas posiciones la nube de polvo que envolvía la marcha de las columnas fugitivas, y a pesar de que la distancia se calculó sólo en cuatro leguas, nada hicieron por perseguirlo, disponiendo nuestro Ejército de una fuerza intacta y respetable de caballería.

La nube que se veía en el desierto era la nube de Tarapacá que oscurecería el cielo de la victoria.

*Suárez llega a Tarapacá*

Suárez caminó todo el día 20 al rayo del sol, con una temperatura no menor de 40 grados centígrados, por los calcinados arenales. Agobiada por la sed, aumentada por el polvo salino que levanta la marcha, la división presentaba un cuadro de desesperación, y al llegar a Curaña, lugarejo situado en la quebrada de Aroma en que hay una miserable vertiente viscosa, los soldados se precipitaron boca abajo a enjugar sus fauces en esa agua escasa e intomable y de ahí siguieron a Tarapacá adonde llegaron el 22. Aquí encontraron al General Buendía que los había precedido con varios jefes y oficiales. Para terminar con este episodio diré que Buendía y Suárez se ocuparon de reorganizar las tropas para retirarse a Arica, y por el telégrafo, que estaba corriente, ordenaron a Ríos que marchase a reunírseles con la columna de 1.500 hombres que guarnecía a Iquique (12).

(12) Sobre la batalla de Dolores hay una relación interesante hecha por el Sargento mayor entonces, hoy General don Diego Dublé Almeida publicada en *Las Últimas Noticias* de Santiago en octubre de 1907, con el título de "Lo que yo he visto".

*Se espera la batalla decisiva para el día 20.*

En el Cuartel General chileno nadie se dió cuenta de la importancia de este combate decisivo. Tanto el General en Jefe como el Jefe del Estado Mayor creyeron que había sido un encuentro preliminar de esos que preceden a las grandes batallas, y que la verdadera refriega se libraría al día siguiente. En este sentido telegrafiaron ambos a don Rafael Sotomayor que estaba en Pisagua pidiéndole que aprovechase la noche para enviarles de prisa municiones de artillería, cápsulas de rifle y víveres, porque con la llegada de la división de Hospicio se temía que pudieran escasear. El Coronel Sotomayor hizo partir apresuradamente un tren desde Jazpampa a buscar esos artículos (13). Poco después el Ministro recibió este telegrama de Escala:

"Pienso mañana al amanecer dar el ataque general".

El Ministro trabajó toda la noche febrilmente en organizar un convoy con lo que se le pedía. Por felicidad el día anterior habían llegado a Pisagua 200 mulas destinadas a organizar en Agua Santa el depósito de víveres y hacer la movilización a Pozo Almonte, y 120 Cazadores a caballo, y con ellos arregló una expedición de socorros que salió la misma noche custodiada por los Cazadores, y un tren cargado que partió de Pisagua a las 3 A. M., del 20 con orden de marchar lo más rápidamente posible. No había motivo para dudar de la veracidad de las informaciones que se reiteraban del campamento, y es curioso que el único que tuvo la visión clara de la verdad fué un hombre que no poseía otros antecedentes para juzgar que su buen sentido y su experiencia. Ese hombre fué Baquedano. Estaba en Pisagua al lado de Sotomayor, recibiendo esos telegramas. Sotomayor cuenta en su *Diario*:

"Me avisa el General en la noche del 19 que el enemigo se retira y reorganiza para emprender el grande ataque el 20. Opinión de Baquedano de que el *enemigo se retirará esta noche*".

*Engaño en el Cuartel General chileno*

El día siguiente amaneció con una neblina tupida. Cuando se disipó y se vió la gran polvareda que levantaban los fugitivos en la Pampa del Tamarugal, los jefes chilenos siguieron creyendo que la batalla estaba pendiente, y el General en Jefe telegrafió al Ministro en términos que eran casi un reproche por haber dejado dos batallones en Pisagua y Hospicio, el Santiago y el Esmeralda, y no haberlos hecho marchar a Dolores para rechazar al enemigo que estaba a la vista y que según creía venía a atacarlo. Don Bernardo Barra que ahora se encontraba al lado de Escala avisaba a Sotomayor:

"Noviembre 20. El señor General en Jefe me encarga decir a US. que..... es sensible que no haya puesto en marcha uno de los regimientos Esmeralda y Santiago, pues se nota

(13) "Del Coronel Sotomayor al Ministro Sotomayor: Dolores, noviembre 19.— El tren que está actualmente en Jazpampa bajará inmediatamente con el objeto de que Usía nos remita con toda prontitud víveres, municiones de infantería y artillería Krupp de montaña y de campaña y útiles de ambulancia para los numerosos heridos".

gran polvareda como de un ejército en marcha a este campamento. Sin embargo, están listas nuestras fuerzas para todo evento.—Barra”.

¿Cómo se explica que el enemigo se retirara de Dolores sin ser perseguido?

Se dieron varias razones todas deleznable. Una que la caballada no puede galopar en el desierto porque los guijarros de la sal lastiman las pezuñas de las bestias, lo que bien puede ser cierto, pero el infante tiene que pasar por los mismos guijarros.

Otra que el enemigo se retiraba en gran dispersión, no presentando núcleos que valiera la pena de perseguir, razón quizás menos atendible que la anterior porque si iba en tal estado era mucho más sencillo dominarlo con caballería.

Se dijo entonces que la no persecución había sido ordenada por el Ministro.

Su *Diario* deja testimonio de lo contrario y de una nueva intervención previsor y honrosa de Baquedano.

“Noviembre 20. Me avisa el General la retirada del enemigo. Baquedano me aconseja decir a Escala que haga perseguir al enemigo. Le contesto que sería ofensivo indicarle lo que sabe un cabo de escuadra. *Insiste y le pongo un parte recomendándole que haga perseguir al enemigo o a la parte más gruesa de éste*”.

*Noviembre 20. Escala proyecta irse a Iquique por tierra*

En vez de esa operación que era la indicada por las circunstancias, el General en Jefe manifestó al Ministro que iba a enviar una división de 3.000 hombres a Iquique, a la cual seguiría el Ejército una vez que se viera que no era necesario dejar tropas a retaguardia en observación de Daza. Sotomayor le contestó que era imprudente hacer marchar una división de infantería a Pozo Almonte sin tener acopiados los víveres y el forraje y organizada la movilidad, y temeroso de que Escala se precipitara le agregaba que iría a Dolores a conferenciar con él (14).

En efecto, en una entrevista que tuvo con Escala convinieron en que primero se organizaran los medios de movilidad y de subsistencia y después saldría Escala con una columna de 2.000 hombres, y él, Sotomayor, se trasladaría por mar a Iquique con 1.000 más y no intimaría rendición a la plaza sino cuando el General estuviese presente para que correspondiera a éste el honor de esa ocupación.

- (14) “Señor Ministro: noviembre 20.— Pienso hacer marchar una división en la dirección de Iquique. Por el momento saldrán 3.000 hombres y una vez que conozca bien lo que haya de positivo sobre el Ejército de Daza que pudiera venir a presentarnos combate, o a reunirse con los dispersos de ayer enviaré más fuerza hacia adelante. Con esto creo que habré dado un gran paso en la realización de los planes del Gobierno. Los víveres y forrajes que espero se remitirán en las mulas llegadas y una vez que haya lo suficiente para la división que avanza continuaré mi marcha al Sur de Agua Santa.—El General en Jefe”.

Escala aprobó la respuesta de Sotomayor de que se da cuenta en el texto: “Señor Ministro: me encarga el General contestar a US. que le parece bien la idea de hacer la aglomeración de víveres que esperará la llegada de US. a este campamento, etc.—Barra”.

Ese proyecto de expedición, desbaratado ahora por Sotomayor, renacerá pocos días después cuando no esté presente y no pueda impedirlo, y será el origen del desgraciado combate de Tarapacá.

La noción de que la guerra del desierto no se puede hacer si no se ha organizado la marcha de antemano, es el germen de aquel desastre.